

LA NARRATIVA URBANA DE LA ESCRITORA COSTARRICENSE CARMEN NARANJO COTO. ESCRITURA GLOBALIZANTE DESDE UNA CAPITAL CENTROAMERICANA

RUTH CUBILLO
Universidad de Costa Rica

Este artículo aborda dos ejes de análisis. En el primero se plantea que, en el contexto de la narrativa costarricense del siglo XX, las novelas de Carmen Naranjo Coto (1928-2012) pueden ser leídas como textos posmodernos y urbanos, producidos por una intelectual que se desempeñó simultáneamente en los ámbitos cultural y político, nacional e internacional en un momento histórico caracterizado por las tensiones entre lo local y lo global. En el segundo eje se analiza la desestabilización del *statu quo* en la novela de Naranjo titulada *Diario de una multitud* (1974), con el fin de profundizar en algunas de las innovaciones formales y temáticas propuestas por esta autora. De tal manera, este artículo propone a Carmen Naranjo como una escritora que reflexiona sobre las contradicciones generadas en la sociedad costarricense por una globalización capitalista y cómo, para ello, utiliza una estética dialógica que nos invita a escuchar las voces diversas de una ciudad que se moderniza.

PALABRAS CLAVE: escritoras centroamericanas, Carmen Naranjo, narrativa urbana siglo XX, literatura costarricense.

The Urban Narrative of Costa Rican Writer Carmen Naranjo Coto. Globalising Writing from a Central American Capital

This article addresses two axes of analysis. The first argues that, in the context of twentieth-century Costa Rican narrative, the novels of Carmen Naranjo Coto (1928-2012) can be read as postmodern urban texts, produced by an intellectual who worked simultaneously in the cultural and political, national and international spheres at a historical moment characterised by tensions between the local and the global. The second axis analyses the destabilisation of the status quo in Naranjo's novel *Diario de una multitud* (1974), in order to explore in greater depth some of the formal and thematic innovations proposed by this author. Thus, this article proposes Carmen Naranjo as a writer who reflects on the contradictions generated in Costa Rican society by capitalist globalisation and how, in order to do so, uses a dialogic aesthetic that invites us to listen to the diverse voices of a modernising city.

KEY WORDS: Central American writers, Carmen Naranjo, twentieth-century urban narrative, Costa Rican literature.

Las novelas de Carmen Naranjo como espacio de confrontación entre lo local y lo global: la disolución del sujeto que habita la ciudad

Las novelas de Carmen Naranjo pueden ser leídas como textos posmodernos, en tanto que vinculan al sujeto con su propio cuestionamiento, con su propia desaparición, con su puesta en abismo y su crisis, y “conciben la realidad como una construcción contingente” (Valenzuela, 2016). Del mismo modo, se pueden considerar textos urbanos, pues sus tramas se desarrollan por completo en la ciudad. En esta producción ficcional se plantea con gran profundidad la relación entre la disolución del sujeto posmoderno y el espacio en el que habita: la urbe, entendida como reflejo de una sociedad industrial avanzada.

Para la narrativa costarricense, la década de 1960 marca una notable transformación en las formas de narrar, así como en los espacios representados y las temáticas desarrolladas. La novelística de Carmen Naranjo constituye una clara muestra de todos estos cambios. Buena parte de la narrativa costarricense de las últimas décadas del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX se preocupó por dibujar y afianzar la imagen de un ciudadano costarricense que se identificara con la idea del labriego sencillo, ese que José María “Billo” Zeledón incluyó en la letra del Himno Nacional (1903), hombre bonachón y pacífico, que solamente hacía gala de su fiereza cuando su patria era ofendida o invadida por el extranjero, un hombre con pocas ambiciones y escasas aspiraciones, un individuo que se conformaba con poco.

La modernización de la ciudad de San José, es decir, su inserción paulatina en el ámbito global, es un proceso que se inició hacia la primera década del siglo XX. Los profundos cambios por él generados ocasionaron la preocupación de escritores como Carlos Gagini, Jenaro Cardona y Joaquín García Monge. ¿Qué preocupaba a estos escritores? Que el campesino bonachón y pacífico dejara de serlo y se convirtiera en alguien ambicioso, consumista y envidioso, y que las inocentes doncellas ya no eligieran a sus maridos por el cúmulo de virtudes morales, sino por sus estados financieros y su poderío económico.

Este proceso de modernización de la ciudad de San José no se detuvo ni por un momento y, aunque con el advenimiento de la Segunda República (después de la guerra civil de 1948) tomó “otro rumbo”, ya en la década de 1960 San José y sus habitantes habían experimentado una profunda transformación. En la década de 1980 Costa Rica formaba parte, para siempre, del mundo globalizado. De todos estos cambios la narrativa da cuenta de una manera espléndida: la de Carmen Naranjo lo hace de un modo particular, profundo y digno de la más detenida atención.

En este sentido, resulta de gran valor para este trabajo el artículo publicado en 2017 por la arquitecta costarricense Zuhra Sasa Marín, titulado “San José, ciudad y evolución. La pérdida de la cohesión urbana”, pues realiza un recorrido diacrónico por el desarrollo histórico, económico y urbano de esta urbe que permite valorarla en términos de la apropiación y conformación de la ciudad, desde la colonia hasta el presente. En relación con las décadas de 1950, 1960 y 1970, representadas en las primeras novelas de Naranjo, Sasa señala:

El paulatino desarrollo urbano, privilegiando las inversiones privadas y sin ninguna regulación efectiva fue fortaleciendo la acumulación de capital para unos pocos y una acelerada segregación urbana tanto social como espacial. El estado [sic], sin mayor posibilidad para la planificación ni generación de alternativas en aras del interés general que beneficiara a mayores sectores sociales, ha coadyuvado a esta situación. Los controles han resultado ser inadecuados e insuficientes por lo que los intereses privados han logrado demarcar las pautas urbanísticas y su consecuente impacto social y ambiental, dejando clara así la restructuración económica que sufría el país. (Sasa, 2017: 49)

Así pues, interesa destacar que el crecimiento desordenado de la ciudad de San José en la época aludida, así como la predominancia de la inversión privada y la ausencia de regulaciones estatales efectivas que permitieran planificar el desarrollo de la urbe a partir de los intereses de la mayoría y no solo de unos cuantos privilegiados, son temáticas que se desarrollan en la narrativa urbana costarricense, sobre todo, a partir de la segunda mitad del siglo XX, y muy especialmente en las novelas de la escritora que aquí nos ocupa.

Ahora bien, la literatura publicada por los escritores de la generación del 40 en las décadas de 1930, 1940 y 1950 posee el claro objetivo de evidenciar realidades que dan cuenta de problemáticas sociales que ya había comenzado a denunciar la generación del *Repertorio Americano* (1920-1930); así pues, la literatura de la generación del 40 se convierte en una práctica social concienciadora y, en muchos sentidos, educativa o formativa, pues se propone lograr que el proletariado conozca sus derechos civiles y laborales, y que aprenda a defenderlos. Por estas razones, diversos críticos literarios han señalado que la literatura de la generación del 40 podría ser calificada como una literatura comprometida, ya que sus autores asumieron un claro y contundente compromiso político al elegir estas temáticas y al representarlas del modo en que lo hicieron. Precisamente, la narrativa que se produjo en el período 1940-1950 suele ser considerada por la crítica como un terreno sumamente fértil para discutir sobre el tema de las relaciones entre política y literatura, así como sobre el compromiso literario de los escritores. En palabras de Manuel Picado, esto se debe a que “es por este período cuando en la historia de

la literatura nacional aparecen las primeras producciones que abiertamente se plantean en relación con determinadas alternativas políticas” (1983: 78).

Tanto Picado en *Literatura/ideología/crítica* (1983) como Ovares, Rojas, Santander y Carballo en *La casa paterna* (1993), y Rojas y Ovares en *100 años de literatura costarricense* (1995) coinciden al afirmar que en la producción novelística del 40-50, o la denominada generación del 40 (Adolfo Herrera, Carlos Luis Fallas, Fabián Dobles, Yolanda Oreamuno, Joaquín Gutiérrez), adscrita a la estética neorrealista, “se vislumbra una concepción de literatura que, por una parte, se preocupa por el lenguaje y, por la otra, lo concibe como simple vehículo para la denuncia política [...]. [E]l valor de ‘verdad’ del texto adquiere especial importancia, mientras que el valor estético se refiere muchas veces a un ‘arte del buen decir” (Ovares et al., 1993: 226).

Por su parte, Mariennik Guennec (2011) plantea que, mientras que la generación del Olimpo estaba constituida por una élite que escribía para la burguesía oligárquica vallecentralina, la generación del 40 tuvo como objetivo principal deconstruir la idea de país elaborada por los olímpicos, y esa labor de deconstrucción estuvo sumamente influenciada por el comunismo; por esta razón, sus textos son mucho más politizados.

La generación del 40, además de continuar profundizando en esta idea de quiebra, ruptura y crisis, experimentó con nuevas formas de narrar y procuró integrar —de manera más armoniosa y mejor lograda— los objetivos del realismo social con el desarrollo de las subjetividades de los personajes, es decir, sin dejar de preocuparse por los problemas sociales que afectaban a los menos favorecidos socioeconómicamente, ensayaron diversas técnicas literarias para evidenciar que sus personajes eran individuos complejos, con grandes conflictos existenciales, aquejados de angustia, soledad y miedo, y múltiples problemáticas individuales, más allá de las colectivas o sociales.

En este contexto, resulta relevante hacer referencia a la escritura de Yolanda Oreamuno Unger (1916-1956) y de Eunice Odio Infante (1919-1974), dos intelectuales costarricenses con quienes Carmen Naranjo comparte tanto sus preocupaciones estéticas —pues las tres innovan en el uso de diversas técnicas narrativas y poéticas— como sociales, debido a que poseen una visión crítica de la sociedad costarricense y de las profundas transformaciones por ella experimentadas a raíz de los procesos de modernización y globalización.¹ Otro aspecto que comparten

¹ Para profundizar en estos aspectos de la producción de Oreamuno y Odio, véase Cubillo, R., *Mujeres ensayistas e intelectualidad de vanguardia en la Costa Rica de la primera mitad del siglo XX* (2011); Cubillo, R., “Ensayos políticos de Eunice Odio (1947-1963): escribir en tiempos de Guerra Fría” (2019); Cubillo, R., “El *Repertorio Americano*: primer escenario de la escritora costarricense Eunice Odio Infante” (en prensa).

las tres autoras es la doble inserción en lo nacional/local y lo global, ya que, por diversas razones, vivieron fuera de Costa Rica (Oreamuno y Odio, en Guatemala y México en condición de autoexiliadas, y Naranjo, en Israel como embajadora de Costa Rica, aunque también viajó por muchos otros países de Europa, América y África debido a los cargos públicos que desempeñó).

Por otra parte, conviene apuntar otro elemento fundamental que la crítica tradicional había empleado para clasificar las novelas del período 40-50 y que Manuel Picado evidencia en su texto de 1983: la división entre textos más o menos naturales o más o menos artificiales; es decir, se plantea la existencia de dos grupos de novelas: “unas, espontáneas, claras, sinceras, naturales, en último término; las otras, literarias, retóricas, cerebrales, sofisticadas. Las primeras, producto de la inspiración, la capacidad afectiva y la experiencia personal; las segundas, originadas en la elaboración y el trabajo técnico” (Picado 1983: 47).

Así pues, podemos afirmar que la narrativa de la llamada generación urbana (aquellos que comenzaron a publicar en la década de 1960, entre ellos Carmen Naranjo), es heredera de la segunda categoría referida por Picado, es decir, de las novelas más o menos artificiales, en las que se problematiza muchísimo la subjetividad de los personajes y su relación con el espacio en que habitan. Claudio Bogantes, en su libro *La narrativa social realista en Costa Rica. 1900-1950*, apunta acertadamente, con respecto al concepto de sujeto problemático, que “a lo largo de la década de 1950 se da una evolución en dicho concepto según la cual en las primeras novelas del período el sujeto problemático era más bien el autor mismo que denunciaba las condiciones sociales en que vivían los personajes que creaba, hasta llegar a *Puerto Limón*, novela de Gutiérrez Mangel, en donde un autor —sujeto-social problemático— crea el personaje de Silvano claramente problemático” (1990: 261-262).

Guenec plantea que los escritores de la generación de 1940 se proponen “mostrar los fallos en la imagen idílica de una Costa Rica pacífica, democrática, campesina, trabajadora y católica, insistiendo tanto en la pérdida de valores como en los problemas económicos, políticos y sociales, con voluntad pedagógica” (2011: s.p.). Esta labor de evidenciar fracturas es continuada por los escritores de la generación urbana, algunos de los cuales, como Alberto Cañas, Julieta Pinto

y Carmen Naranjo,² militaron activamente en el Partido Liberación Nacional, que en la segunda mitad del siglo XX gobernó el país en siete ocasiones.³

En la propuesta narrativa de Carmen Naranjo resulta llamativa la aguda crítica que la autora realiza a la organización social de la época y los efectos —muchas veces nocivos— que esta genera en el individuo, y cabe destacarlo precisamente porque fue su Partido, el Partido Liberación Nacional, con su ideología socialdemócrata, el que sentó las bases del nuevo proyecto de nación —con el que surgió el estado benefactor—, a partir de la fundación de la Segunda República en 1948 y de la promulgación de la nueva Constitución Política en 1949.

En este sentido, resulta muy significativa la respuesta que Naranjo brinda a una pregunta planteada por Manuel Arias, periodista del *Semanario Universidad*, sobre cuál debe ser la función social de la literatura y del arte en general: “Honesto. Creo en la literatura comprometida y de denuncia. Si la literatura no lo dice, con todo el dominio del arte, ¿quién lo va a decir? Y las grandes obras han sido siempre de denuncia” (2004: s.p.).

Ahora bien, como apunta Quesada,

tras esta fachada de modernización democrática, crecimiento y progreso, se experimentaban también nuevas formas de dominio, corrupción, y enajenación. [...] El crecimiento del Estado llevaba a la consolidación de un aparato burocrático que se tornaba cada vez más omnímodo, autárquico e incontrolable. [...] En el ámbito cultural la modernización, que generaba nuevas opciones sociales, culturales y educativas, se percibía también como generadora de descomposición social, enajenación, pérdida de valores e identidad. (2000: 21)

² Naranjo ocupó diversos cargos públicos durante varias administraciones del Partido Liberación Nacional (PLN), creado por el bando triunfador en la guerra civil de 1948, liderado por José Figueres Ferrer. Tales cargos los desempeñó tanto en Costa Rica como fuera del país (especialmente en la década de 1970 viajó por África, América Latina y otras regiones del mundo), lo cual le permitió tener una visión de mundo que comprendía aspectos tanto nacionales/locales como globales. Esta doble inserción de la autora está presente en su producción ficcional y la novela que aquí se analiza es una clara muestra de ello, como se verá en las páginas siguientes.

³ José María Figueres Ferrer (8 de mayo de 1948 - 7 de noviembre de 1949; 8 de noviembre de 1953 - 8 de mayo de 1958, y 8 de mayo de 1970 - 8 de mayo de 1974); Francisco Orlich Bolmarcich (8 de mayo de 1962 - 8 de mayo de 1966); Daniel Oduber Quirós (8 de mayo de 1974 - 8 de mayo de 1978); Luis Alberto Monge Álvarez (8 de mayo de 1982 - 8 de mayo de 1986); Óscar Arias Sánchez (8 de mayo de 1986 - 8 de mayo de 1990) y José María Figueres Olsen (8 de mayo de 1994 - 8 de mayo de 1998).

En este contexto, Carmen Naranjo se percata de que el “tico promedio”, contemporáneo a ella y miembro de la naciente clase media, ya no es más ese labriego sencillo cuya imagen nos habían vendido por tantos años y cuya identidad nacional e individual estaba claramente definida; el habitante de la ciudad es un individuo egoísta, complejo, consumista, enfrentado a profundos dilemas existenciales, descreído y desencantado.

Carmen Naranjo, la narradora, se da a la tarea de repensar la ciudad y a sus habitantes, quienes se enfrentan a procesos de convivencia en el contexto de un mundo globalizado; en este sentido, resulta pertinente señalar que en este artículo se parte de una noción de lo global ligada al modo de producción capitalista,⁴ lo cual implica repensar las nociones de ciudadano y de consumo. García Canclini opina que el consumo ha generado cambios fundamentales en la concepción del ciudadano, y muchas veces “cuando se habla de ‘globalización’, se tiende a identificarla con el proceso de globalización económica, olvidando las dimensiones política, ecológica, cultural y social” (1999: 21). La ciudad globalizada está marcada por un proceso de tensión que se evidencia en los ámbitos económico, social y cultural; ahora bien, si a esto le agregamos el surgimiento de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, estamos ante una compleja red simbólica que posibilita nuevas formas de convivencia.

Las novelas de Carmen Naranjo se desarrollan en esa ciudad que no es acogedora, que en cierto modo agrede al individuo y que muchas veces lo hace sumirse en la más profunda de las soledades, aunque viva en un sitio repleto de gente. Sus personajes se desenvuelven en una ciudad moderna que se encamina hacia una globalización sin retorno; son sujetos que tienen muchos problemas, pero quizá el más grave es que dudan. ¿De qué dudan? De todo: de la existencia de Dios, de su papel en el mundo, de la familia como unidad base de la sociedad, de los roles de género por siglos asumidos sin más; en fin, dudan de ellos mismos y del prójimo. Planteamos la duda como problema debido a lo que genera en el sujeto: angustia y dolor.

Estos personajes son sujetos con preocupaciones propias del tránsito de la modernidad a la posmodernidad,⁵ pues lo que entra en crisis es la construcción misma de la subjetividad y el cuestionamiento de las verdades absolutas, que brindan seguridad a quien las posee. La posmodernidad —y los discursos producidos desde ella— cuestiona la noción de identidad, cuyo lugar preponderante es arrebatado por la diferencia (Nietzsche frente a Descartes); de esta manera, “la postmoder-

⁴ Para profundizar en las definiciones del concepto de globalización, véase Alvarado Cantero et al. (2018).

⁵ Para profundizar en esta temática, véase la tesis doctoral de Valenzuela (2016), en particular el apartado titulado “Arquitectura de lo real”.

nidad consta de ciertos estados discontinuos, en búsqueda abierta de la diferenciación y diversificación física, intelectual y moral” (Corral, 2007: 67).

En relación con el interés de Naranjo por lo urbano, Alicia Miranda Hevia señala que “Carmen Naranjo ha rechazado siempre, no solo lo que la literatura costarricense ha propuesto siempre como modelo de referencialidad, sino también la problemática rural de la posesión de la tierra. Carmen Naranjo insiste en todas sus novelas en problemas de clases urbanas o por lo menos de ciertos grupos esencialmente urbanos” (1981: 127).

Para profundizar en las ideas expuestas en las páginas anteriores en relación con la narrativa urbana de Naranjo, a continuación nos centraremos en el análisis de la novela *Diario de una multitud* (1974).

La desestabilización del *statu quo* en *Diario de una multitud*: el uso de una estética dialógica en el contexto de la Guerra Fría

Esta novela, publicada en 1974, presenta algunas innovaciones técnicas respecto de las novelas anteriores de la autora, siendo quizá la más relevante la complejización y pluralización del narrador, con lo cual podemos afirmar que estamos ante una novela completamente dialógica (pluralidad de voces, sin jerarquizaciones ni autoritarismos), en términos bajtinianos, es decir, que se trata de una novela que privilegia la estética de lo dialógico en contraste con las estéticas ligadas al realismo socialista, características de muchos autores, tanto costarricenses como del resto de Centroamérica, y cuyos productos resultan monológicos.

En el nivel temático, además de problematizar la subjetividad de los ciudadanos josefinos —tema central de novelas anteriores, tales como *Los perros no ladraron* (1966), *Camino al mediodía* (1968a) y *Memorias de un hombre palabra* (1968b)—, se confrontan los discursos representativos de dos posturas ideológicas enfrentadas: por un lado, los empresarios nacionales, burgueses cuyo principal objetivo es lograr que el sistema económico, social y político continúe funcionando sin alteraciones; y, por otro lado, la juventud revolucionaria, integrada en su mayoría por intelectuales universitarios que pretenden generar un cambio sustantivo en las estructuras socioeconómicas del país, con el fin de lograr una mejor distribución de la riqueza y el acortamiento de la brecha entre ricos y pobres, pues están convencidos de que las políticas públicas del Estado benefactor, instaurado en el país con el advenimiento de la Segunda República, no son suficientes para eliminar la desigualdad social. Para lograr dicho cambio realizan una tenaz labor de concienciación entre las clases trabajadoras y organizan diversas actividades subversivas con el propósito de desestabilizar el *statu quo* que rige en el país.

Así pues, en esta novela se representa con toda claridad la polarización política surgida en la sociedad costarricense, al igual que ocurrió en los demás países de la

región centroamericana y latinoamericana, entre las izquierdas y las derechas durante la Guerra Fría; en el caso de Costa Rica, esta polarización se vio acrecentada por la guerra civil (1948), que enfrentó al bando conformado por comunistas, Iglesia católica y calderonistas con el bando conformado por los socialdemócratas.

En la primera parte de la novela, titulada “Hilos”, la más extensa de las tres que conforman la obra, se aglutinan gran cantidad de historias breves narradas por numerosas voces que aportan diversos puntos de vista sobre la vida en la ciudad (el San José de la década de 1970). Aquí confluyen las voces de hombres y mujeres pertenecientes a distintas clases sociales, con distintas preocupaciones (algunas muy superfluas y otras muy profundas), y con diversos grados de sensibilidad ante lo que ocurre a su alrededor.

Muchas de estas historias dan cuenta de la creciente deshumanización palpable en la ciudad de San José, fruto del crecimiento demográfico de esta urbe, de su extensión en términos espaciales, de su irrefrenable modernización y del cambio de valores de las personas que la habitan, entre otros factores. Una de las historias que mejor retrata esta creciente deshumanización relata lo sucedido cuando un hombre sufre un ataque epiléptico en plena calle y los transeúntes comienzan a especular sobre lo que ocurre: algunos dicen que está borracho, otros se lamentan de no tener la cámara fotográfica a mano para retratar el espectáculo, otros saben que se trata de un ataque epiléptico y señalan que las personas epilépticas no deberían andar “sueitas” por la calle, y otros critican la actuación de las autoridades al atender la situación, pero nadie se preocupa por el hombre que está convulsionando en el suelo.

Algunas otras problemáticas sociales que aquejan a los habitantes de la capital y que traen a colación las voces narrativas son las siguientes:

- La violencia contra la mujer (54, 55 y 57): hombres que piensan que la mujer solo entiende si la golpean y que lo único que quieren es robarles su hombría; mujeres que están dispuestas a soportar lo que sea con tal de no perder a su hombre; hombres seductores de mujeres vírgenes e inocentes; abusadores sexuales, entre otros.
- La costumbre de los ciudadanos josefinos de vigilarse unos a otros y de juzgar sin piedad los actos ajenos (64).
- La necesidad absurda de aparentar ante el prójimo, aunque todo esté muy mal y la vida sea desastrosa (104).
- El excesivo consumismo de los josefinos, en especial, claro está, los adinerados, en particular las mujeres, amas de casa ricas que compran para no aburrirse (72-73, 77 y 82).

- La agresividad extrema contra el presidente de la república, que da cuenta de la violencia existente en un país sin ejército que se autodefine como pacífico (100-101).
- La humanización absurda de los animales, que contrasta con la deshumanización en el trato hacia las personas (101-102).
- La homofobia (188-189).

Ahora bien, a lo largo de toda la novela se aborda desde diversas perspectivas la temática del cambio (individual o social). Claramente se establece una dicotomía entre la permanencia-estabilidad y la necesidad de que las cosas, las personas y la sociedad cambien. Algunas voces narrativas incluidas en la primera parte de la novela insisten en la idea de que en Costa Rica nada se transforma y que los ciudadanos de este país son poco proclives al cambio, pues la arraigada idiosincrasia nacional los hace creer que el cambio es innecesario porque todo es perfecto:

No puede haber cambio. ¿Cambio? ¿Alguien cambia? ¿Algo cambia? Café. Las sillas están ahí, como siempre, aunque uno esté muerto, ahí con el gesto servil de síentese para eso estamos. [...] Para despertar y encontrar que todo está en su sitio, y los demás juegan al movimiento, hablan, comen, fornican, ni siquiera simulan incendios, tampoco arden y se que-man, apenas juegan. (Naranjo, 1974: 13)

Asimismo, se plantea la idea de que la sociedad costarricense ha desarrollado complejos mecanismos para castigar a todo aquel que se atreve a sobresalir gracias a sus conocimientos y prefiere al ciudadano mediocre, poco cuestionador, aquel que no destaca de ninguna manera:

El complejo de hoy es el de Sócrates. Hay que envenenar a los que saben, a los que crean, a los que pueden demostrarnos algo, a los inteligentes, a los que hacen arte, a los que dan un poco más de lo normal. Vamos contra ellos, contra los Sócrates, y los condenamos en la forma más salvaje, más cruel, los ponemos en ridículo, contagiamos el frío a los demás, nos callamos, negamos la admiración, los rodeamos de silencio, de indiferencia, y acercamos la cicuta. (Naranjo, 1974: 27)

Así pues, en la novela se plantea que los jóvenes revolucionarios que se organizan para promover el cambio social son intelectuales universitarios, que han llegado a tener conciencia de la desigualdad social existente en el país precisamente por la educación que han recibido, por las lecturas realizadas durante su período de formación.

Muchas de las voces narrativas que representan al sector de la sociedad opuesto al cambio atacan el sistema educativo y critican con especial dureza la universidad pública, pues consideran que es allí donde los jóvenes pierden sus valores tradicionales y adquieren ideas peligrosas para la estabilidad del país: “Los jóvenes violentos de todas las épocas. [...] La universidad alcahuetea a esta clase de muchachos [...]. Oficio es lo que necesitan” (Naranjo, 1974: 202-203). “A los universitarios nunca les hacen nada, acaban siempre por disculparlos; son hijos de ricos” (Naranjo, 1974: 286).

En términos generales, como indicamos líneas atrás, la novela presenta dos posturas encontradas en relación con la temática del cambio social; en las páginas siguientes nos dedicaremos a estudiarlas en detalle para entender en qué consiste cada una de ellas.

La juventud revolucionaria intelectual y su propuesta de desestabilización del *statu quo*

En la novela de Naranjo no se indica con claridad cuál es la línea ideológica de este grupo de jóvenes —aunque alguna de las voces narrativas señala que apoya la causa anárquica y se lamenta por no tener bandera (1974: 40)—, pero lo cierto es que la sociedad en general, en especial el Gobierno y el sector empresarial, los asumen como comunistas y, por lo tanto, como un mal que es indispensable erradicar.

En las dos primeras partes de la novela, se alude en repetidas ocasiones a “una hojita” que el grupo de jóvenes reparte entre los transeúntes josefinos; esta “hoja” es un volante en el que se invita a participar en la actividad ya referida. Ahora bien, la postura ideológica de los jóvenes revolucionarios puede resumirse en la reflexión realizada por una de las voces narrativas incluidas en la primera parte de la novela y que consiste en analizar de manera crítica el sistema, entendido como la estructura organizacional cuyo objetivo primordial es defender el *statu quo*, es decir, perpetuar el estado de las cosas y repeler toda posibilidad de cambio social. Así lo expresa el texto:

Todos, absolutamente todos están dentro del sistema, un sistema híbrido que una vez favorece a unos y la vez siguiente se carga hacia los otros, siempre grupos privilegiados, los señores de la oportunidad, que están a la caza del negocio, del dinero suave [...]. Un sistema que analizado no es nada, un movimiento inerte que se mueve porque mañana es otro día y hay que levantarse temprano para andar por ahí medio dormido, con palabras y gestos muertos [...]. *Un sistema cuya única habilidad es la defensa, a como haya lugar, inclusive con la crueldad más extrema, las formas más sutiles del asesinato público y legal. La defensa del statu quo, que nada cambie, y para ello se permiten los cambios formales o los cambios que*

producen reacción para regresar satisfactoriamente al punto original, o los cambios que permiten la evolución favorable del statu quo [...]. La pobreza no tiene significado cuando todos son pobres. La riqueza no es un estado distinguido en la igualdad. (Naranjo, 1974: 173-75; el énfasis es mío)

Como se puede apreciar a partir de la cita anterior, los jóvenes revolucionarios a los que se les da voz en la novela consideran que el mayor problema de la sociedad costarricense, y de las sociedades capitalistas a nivel global, es decir, el problema que engloba o contiene a todos los demás, es la existencia de un sistema u organización social que impide a toda costa el cambio y que posee mecanismos de control muy sutiles que hacen creer a los individuos que ningún cambio es necesario porque la sociedad moderna e industrializada está progresando, siempre en favor del bienestar común.⁶

Ahora bien, en la referida noche caótica, la consigna de los jóvenes revolucionarios era la siguiente: “ha llegado la hora del cambio y aquí estamos haciendo conciencia, no hay compromiso en pensar, tan sólo pensar en que las cosas pueden ser mejores, estamos venciendo el miedo que tienen todos de soñar” (Naranjo, 1974: 270). Durante esa noche se llevó a cabo la actividad convocada en la “hoja” de los muchachos revolucionarios, que consistía en un concierto gratuito al aire libre, en el centro de la ciudad, con el fin de atraer gente. La música era el señuelo para luego, una vez reunido un grupo importante de curiosos, predicar sus doctrinas, hablar de sus ideas y concienciar sobre la necesidad de cambio social en el país.

Es importante destacar que en la novela se plantean —empleando para ello la técnica narrativa de los múltiples narradores— con toda claridad los puntos de vista encontrados y diversos de los jóvenes que integran el grupo “subversivo”: unos más radicales, otros menos convencidos, otros con vocación mesiánica (en especial el joven dirigente que les suplica a sus compañeros que no utilicen la violencia y que aboga en todo momento por mantener los ideales del movimiento, pero que finalmente es ignorado por sus compañeros y por la masa que se tira a la calle), y otros con el único objetivo de crear caos y destruirlo todo, cuya postura triunfa en esa noche caótica. Esta diversidad de voces da cuenta de las divisiones existentes en el seno del grupo de jóvenes revolucionarios, pues aunque todos

⁶ Esta es, justamente, una de las ideas que se encuentran en la base de la crítica social elaborada por el filósofo y sociólogo alemán-estadounidense Herbert Marcuse (1898-1979), particularmente en sus libros *Eros y civilización* (1955) y *El hombre unidimensional* (1964), cuyos planteamientos, como es bien sabido, fueron retomados por el movimiento izquierdista estudiantil de la década de 1960.

compartían algunos ideales, lo cierto es que diferían en cuanto a los medios para alcanzar sus fines.

A lo largo de doce páginas (274-286) se describe con detalle lo acontecido en San José durante aquella noche: incendios, asaltos y saqueos de todo tipo de locales comerciales, enfrentamiento violento entre manifestantes y autoridades, y luego enfrentamientos entre el pueblo lanzado a la calle y las autoridades que tratan de restaurar el orden, balaceras, heridos, muertos; una situación difícil de imaginar en la capital de un país que ha construido su identidad sobre la base de atributos como la paz y el trabajo digno del labriego sencillo. A continuación, una pequeña muestra del relato del caos:

Ante este inesperado y terrible desenlace, el líder intelectual de los jóvenes revolucionarios se lamenta de lo ocurrido y plantea que se han equivocado en todo, pues su estrategia ha fallado. Si bien el objetivo primordial era despertar conciencias, solo lograron despertar los apetitos y las ilusiones del pueblo que, deslumbrado ante la posibilidad de tener por una noche acceso gratuito a diversos bienes, se lanzaron unos sobre otros en una desaforada carrera: En palabras del joven líder: “No se sale a caminar para enseñar a otros los caminos. Primero hay que enseñar a andar”. (Naranjo, 1974: 296)

El sector empresarial costarricense y su estrategia para mantener el *statu quo*

Ya en la primera parte de la novela se plantea con toda claridad el punto de vista de los empresarios costarricenses, la clase adinerada que critica al presidente de turno cuando no se alinea con sus intereses y lo denigran si se deja asesorar por algún científico social con ideas demasiado “izquierdosas”. Asimismo, se describe la estrategia elaborada por este sector para mantener a salvo sus intereses particulares y mantener alejada la amenaza comunista; dicha estrategia consiste en comprar a los sindicatos y organizar ciertas protestas sociales que ensucien la labor del Gobierno de turno. Esta postura resultaba oportuna en el contexto de la Guerra Fría en que se sumió el mundo entero después de la Segunda Guerra Mundial, particularmente en un país que, después de la guerra civil de 1948, reprimió con más fuerza cualquier postura que pudiera vincularse con la ideología comunista.

El reparto del volante ya mencionado constituye la primera señal de alerta para este grupo que ostenta la hegemonía, pues consideran que el tono empleado en la redacción de “la hoja” resulta demasiado subversivo y, por lo tanto, sus autores deben ser identificados y reprimidos cuanto antes. Por otra parte, en el discurso de este grupo dominante se incluyen diversos tipos de justificaciones para impedir

el cambio social y mantener a toda costa el *statu quo*; a saber: *justificaciones religiosas*, relacionadas con la virtud cristiana de la resignación, que debe ser cultivada muy especialmente por los pobres (203); *justificaciones políticas*, tendientes a preservar las buenas relaciones con el gobierno de Estados Unidos, pues durante la Guerra Fría Costa Rica siempre estuvo claramente alineada con el bloque representado por el país del norte (203); *justificaciones económicas*, según las cuales la situación del país en este ámbito es buena y se debe continuar con la senda elegida (204).

Ahora bien, durante la “noche trágica” que vivió la ciudad de San José, los miembros del grupo dominante se mantuvieron a salvo en sus casas; sin embargo, una vez finalizado el caos, se reúnen para comentar la situación, evaluar lo sucedido y proponer medidas concretas. Es pertinente indicar que, en el discurso de este grupo, integrado por una pluralidad de voces, también se presentan diferencias de criterio, pues algunos procuran minimizar lo ocurrido, mientras que otros se hallan francamente alarmados y consideran necesario tomar medidas drásticas.

La idea de que lo ocurrido es claramente atribuible a los universitarios e intelectuales comunistas⁷ está presente en el discurso de varias voces narrativas pertenecientes a este grupo empresarial; por eso consideran necesario ejercer mayor control sobre la universidad y lo que en ella se enseña, ya que, en su opinión, es allí donde los jóvenes adquieren nocivas doctrinas extranjeras, entre ellas el comunismo. Incluso alguno llega a plantear que para contar con un pueblo bueno es necesario que permanezca sin educación, pues la educación puede abrirle los ojos ante ciertas problemáticas sociales:

Eso mismo, limpiar la universidad de tantos comunistas. [...] Nos hemos dejado intoxicar por doctrinas extranjeras, extrañas a nuestra personalidad, ajenas a nuestros problemas, ese es el peligro de la comunicación cuando hay un deseo estúpido de imitación y de envidia. (Naranjo, 1974: 288)

Mis hijos salen inmediatamente de la universidad, no puedo consentir que los perviertan [...]. [E]sto es la consecuencia de abrir el país a las deformidades extranjeras, tanta película dañina, tanto libro sin censura, tanta porquería de los intelectuales. Este es un problema de la cultura popular, no se puede educar al pueblo, cuanto más ignorante más bueno resulta. (289)

⁷ Alguno incluso señala: “La culpa es de Fidel Castro y del Che Guevara, esos bandoleros han sembrado el desorden en todas partes. No, la culpa es de los que no se han decidido a acabar con ellos, ponerles una bomba atómica es lo que se merecen” (Naranjo, 1974: 289).

Así pues, entre las propuestas planteadas por estas voces narrativas, tendientes a evitar nuevos incidentes similares al ocurrido en aquella “noche trágica”, podemos identificar las siguientes:

- Vigilar y castigar a toda la ciudadanía, en particular a los universitarios e intelectuales, con el fin de preservar el orden, mantener el *statu quo* y restaurar la unidad nacional perdida.
- Contar con la Iglesia católica como agente activo de control social.
- Recuperar el control político del país, pues no basta con poseer el poder económico si no se posee también el político, entregado a un presidente que no pertenece a la élite económica.

Cuando acaba la noche caótica, todos en la ciudad se encuentran desasosegados; todos han perdido la paz: los ricos, porque sienten amenazado su estatus y piensan que pueden perder sus privilegios; los saqueadores, pues las cosas robadas les queman las manos y no saben dónde esconderlas para no ser inculcados en caso de que llegue la policía a sus casas; los que no han podido regresar a sus casas y siguen huyendo de la policía; los jóvenes revolucionarios, en especial el joven líder mesiánico que siente que ha fracasado, pues las cosas se salieron de control y su misión falló; y las autoridades políticas y de vigilancia, que no supieron controlar la situación y ahora hay muertos y heridos que lamentar.

Ciertamente, la unidad nacional se ha fracturado y no es seguro que pueda ser restaurada; sin embargo, aunque esta noche caótica volvió la ciudad al revés, no es seguro que algo vaya a cambiar. El final de la novela es completamente abierto y no se sabe si el país experimentará un cambio social; lo cierto es que la inclusión de las extensas reflexiones y consideraciones de los ricos —sector empresarial o burguesía costarricense— tendientes a retomar el control político del país —el económico nunca lo han perdido— no augura la llegada de un cambio social ni la desestabilización del *statu quo*. Todo parece indicar que las cosas van a seguir igual, como hasta ahora... , aunque en el juego de equilibrios de la democracia costarricense cada sector social siempre podrá alzar su voz para protestar y para luchar por sus reivindicaciones. Eso sí, lograr que se hagan realidad ya es otra historia.

A manera de conclusiones

Para finalizar, resulta pertinente retomar algunas de las ideas planteadas por el politólogo francés Olivier Dabène en su libro *Costa Rica: juicio a la democracia* (1992), en relación con los mecanismos existentes en la sociedad costarricense para mantener estable la democracia. Así, por ejemplo, el autor considera que a partir

de la segunda mitad del siglo XX en este país cada grupo social ha tenido una forma particular de plantear sus reivindicaciones, movilizándose socialmente de las más diversas maneras. Debido a esto, resulta muy difícil articular las demandas sociales y el descontento popular siempre está fragmentado, es decir, cada sector posee sus propias demandas y estas nunca se suman a las de los otros sectores; las manifestaciones aglutinadoras o unitarias de los sindicatos, por ejemplo, son pocas y débiles.

Para explicar esto, Dabène argumenta que las clases dominantes realizan un gran esfuerzo ideológico y político para impedir la radicalización del pueblo: “El discurso difundido por el gobierno, los partidos políticos, las cámaras empresariales y los medios de comunicación ha logrado ‘canalizar’ las inquietudes de los costarricenses” (1992, s.p.). No obstante, en nombre de la democracia se han definido espacios de movilización socialmente aceptados, sin limitar demasiado la participación ciudadana en estos movimientos, con el fin de que existan “válvulas de escape” que impidan un estallido social demasiado grande. En el texto de Carmen Naranjo, se pone en escena el planteamiento de Dabène.

A lo largo de su producción novelística, Naranjo realiza una profunda reflexión sobre la ciudad y las personas que en ella habitan, pero no se trata de cualquier ciudad, sino de una cuya referencia fundamental es el San José de las décadas de 1960 y 1970, espacio urbano que, en ese momento histórico, ha entrado plenamente y de manera irreversible en la modernidad, en un contexto marcado por la Guerra Fría y el inicio de los procesos de globalización, lo cual produce cambios muy significativos en los sujetos que la habitan y en sus modelos de convivencia. Así pues, en las novelas de Naranjo se profundiza en la psicología de diversos personajes que conviven en una sociedad urbana que no puede ser definida ni comprendida únicamente como una forma espacial, es decir, como un espacio geográfico con determinadas características puntuales, sino más bien como una compleja cultura urbana (Castells, 2014) marcada por diversos procesos locales y globales.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alvarado Cantero, Carlos; Omar Arrieta-Chavarría, Víctor Julio Baltodano-Zúñiga, Julieta Carolina Mazzola y Marta Georgina Sánchez-López (2018), “Globalización, Cultura Local y Frontera del Sujeto”, *Inter Sedes*, 19 (39): 105-132.
- Arias, Manuel (2004), “Carmen Naranjo: ‘Creo en la literatura comprometida’”. Entrevista a Carmen Naranjo”, *Semanario Universidad*, 15/12/2019. <<https://historico.semanariouniversidad.com/cultura/carmen-naranjo-creo-en-la-literatura-comprometida/>>

- Bogantes, Claudio (1990), *La narrativa socialrealista en Costa Rica. 1900-1950*, Aarhus, Aarhus University Press.
- Castells, Manuel (2014), *La cuestión urbana*, Ciudad de México, Siglo XXI.
- Corral, Raúl (2007), “¿Qué es la postmodernidad?”, *Casa del Tiempo*, 9 (98): 67-73.
- Cubillo Paniagua, Ruth (2011), *Mujeres ensayistas e intelectualidad de vanguardia en la Costa Rica de la primera mitad del siglo XX*, San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- (2019), “Ensayos políticos de Eunice Odio (1947-1963): escribir en tiempos de Guerra Fría”, *Semanario Universidad*. 10/07/2021. <<https://semanario.universidad.com/suplementos/escribir-en-tiempos-de-guerra-fria/>>
- (en prensa), “El *Repertorio Americano*: primer escenario de la escritora costarricense Eunice Odio Infante”, *Eunice Odio y los Estados Unidos*, Carlos Paldao y Graciela S. Tomassini (eds.), Nueva York, Academia Norteamericana de la Lengua Española.
- Dabène, Olivier (1992), *Costa Rica: juicio a la democracia*, San José, FLACSO y CEMCA.
- García Canclini, Néstor (1999), *La globalización imaginada*, Barcelona, Paidós.
- Guenneq, Mariannick (2011), “El compromiso político de la generación del 40 en Costa Rica: el ejemplo de Fabián Dobles”, *Escritural, Écritures d’Amérique Latine*, 3. <http://www.mshs.univ-poitiers.fr/crla/contenidos/ESCRITURAL/ESCRITURAL3/ESCRITURAL_3_SITIO/PAGES/Guenneq.html>
- Marcuse, Herbert (1968), *Eros y civilización*, Barcelona, Seix Barral. [1955]
- (1993), *El hombre unidimensional: ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*, Ciudad de México, Planeta. [1964]
- Miranda Hevia, Alicia (1981), “Introducción a la obra novelesca de Carmen Naranjo”, *Cahiers du monde hispanique et luso-brésilien*, 36: 121-129.
- Naranjo Coto, Carmen (1966), *Los perros no ladraron*, San José, Editorial Costa Rica.
- (1968a), *Camino al mediodía*, San José, Editorial Costa Rica.
- (1968b), *Memorias de un hombre palabra*, San José, Editorial Costa Rica.
- (1974), *Diario de una multitud*, San José, Educa.
- Ovares, Flora; Margarita Rojas, Carlos Santander y María Elena Carballo (1993), *La casa paterna. Escritura y nación*, San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Picado, Manuel (1983), *Literatura/ideología/crítica. Notas para un estudio de la literatura costarricense*, San José, Editorial Costa Rica.

Quesada, Álvaro (2000), “La narrativa costarricense del último tercio de siglo”, *Letras*, 32: 17-43.

Rojas, Margarita y Flora Ovares (1995), *100 años de literatura costarricense*, San José, Editorial Costa Rica.

Sasa Marín, Zuhra (2017), “San José, ciudad y evolución. La pérdida de la cohesión urbana”, *Polis Research Centre*, 52: 9-69.

Valenzuela, Ollin Rafael (2016), “¿Cómo haremos para desaparecer? La disolución del sujeto en la literatura postmoderna”, Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Barcelona, España, 18/11/2016. <<http://hdl.handle.net/10803/400008>>

